

# LA CIUDAD EN LA CIUDAD

*Una invitación a vivir  
la misión de Fasta*



# LA CIUDAD EN LA CIUDAD

*Una invitación a vivir  
la misión de Fasta*



## INTRODUCCIÓN

Un día llamé a Ignacio Spinelli, autor de nuestro libro “Misterio y Esperanza”, y le pregunté:

Ignacio. Tú no me conoces. ¿Qué me dirías si me tuvieras que invitar a compartir la vida en Fasta?

Ignacio se quedó pensando un rato y cuando estaba por empezar a desarrollar su discurso lo interrumpí.

Me presento. Soy un hombre común, que vive en esta ciudad, rodeado de gente, con sus problemas, sus angustias y sus alegrías. Una ciudad que poco a poco se desliza, empujada, en un proceso de globalización que todavía no entiendo bien pero siento que me desarraiga de aquello que escuché de mis mayores, de mi familia, de mi historia, de mis tradiciones, de mi cultura, y no puedo negar que esto me genera una cierta angustia. Tal vez inspirado por aquella tradición oral, siento la necesidad de acercarme a la Fe de Cristo y compartir con alguien mis inquietudes. No quiero y no podría hacerlo solo.

Ignacio estaba nuevamente por empezar a contestarme y lo volví a interrumpir:

No quiero que me digas nada. Quiero que lo escribas.

Allí terminó la reunión. No duró más de diez minutos.

Querido lector, he aquí su respuesta; su invitación a vivir en Fasta. Quiero compartirla contigo.

Carlos G. Rossini

## Capítulo I

### **CAMINABAN ENTRISTECIDOS**

Naciste para ser feliz.

Esta sentencia, tan antigua como vigente, nos asalta y se impone con la fuerza de una certeza irrefutable: desde Adán, Eva y hasta este mismo instante, todos los hombres, con armas más o menos limpias, estamos impulsados a saciar un deseo de plenitud existencial que no buscamos por nosotros mismos sino que, misteriosamente, nos salta en el camino y pide una respuesta.

¿Quieres comprobarlo? Consulta a tus amigos o vecinos. Apuesto a que diferirán en ideas políticas, gustos futbolísticos, sabores, diversiones... menos en el sueño universal de ser felices.

Es como una "falla" de fábrica. Nace con nosotros. Como una espina dorsal, atraviesa la existencia de cada hombre y mujer, sin importar su cultura, raza o condición social.

A medida que empezamos a tomar nuestras propias decisiones y los caminos se bifurcan, cada elección nos deja

más cerca o más lejos de la estación La felicidad.

Desde la fe, la explicación es convincente.

Es Dios quien “plantó” en el corazón de cada uno el germen de ser plenos, gozosos, exultantes. Como un padre amoroso y compasivo, no deja de atraer hacia sí a todos sus hijos. ¿Por qué? Porque nos quiere felices en la tierra y dichosos en la eternidad.

¿Te has preguntado alguna vez de dónde vienen tus deseos de eternidad? Si tienes ese impulso es porque existe una fuente de amor primero e inagotable, que te atrae y a la vez irradia sus dones hacia los cuatro puntos cardinales.

Sería contradictorio que la naturaleza humana tendiera hacia algo que no existe. Así como todos experimentamos la sed y hay disponible un recurso –agua- capaz de aplacarla, así también si tenemos apetito de felicidad, necesariamente ha de existir una fuente inagotable –Dios- capaz de saciar ese deseo que, dicho sea de paso, no logran satisfacer los bienes materiales.

*Más explícitamente, Cristo le revela a la samaritana del pozo de Sícara (Jn 4; 1-15) su verdadera intención, que va más allá de satisfacer la sed natural. “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; quien beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, porque el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en manantial que brota dando vida eterna”.*

Desde la revelación al pueblo de Israel en el desierto, en la conciencia del hombre judío es evidente que más allá de sus infidelidades que merecen pruebas y castigos, Dios no cesa de caminar con él y guiarlo hacia la felicidad: la Tierra Prometida.

En la plenitud de los tiempos, con la encarnación del

Hijo de Dios, Jesucristo, Dios ofrece el auxilio de la gracia para que el hombre, su creatura más amada, pueda otra vez entrar en comunión con El.

Serán, pues, los primeros cristianos quienes soportando con alegría las exigencias de la fe, comenzarán a edificar sobre los corroídos cimientos del mundo grecorromano la *Civitas Deus*.

Sin negar los límites y claudicaciones de toda creación participada del hombre, es necesario reivindicar a la Edad Media como un proceso histórico que duró mil años, donde Cristo fue el centro vivo e inspirador de todas las expresiones humanas, como fielmente lo expresa la figura del Rose-tón.

El medieval era débil como todo hombre, sin embargo tenía una fina conciencia de sus pecados -de allí las peregrinaciones expiatorias a Tierra Santa- que lo llevó a aceptar dócilmente las enseñanzas del Papa y reconocer a la Iglesia como una madre que brinda amor y refugio. Su vida era inconcebible fuera del marco referencial del Evangelio.

Esta visión teocéntrica de la vida y el mundo comenzó a declinar a partir del siglo XIV.

Progresivamente -nunca los cambios radicales se dan de la noche a la mañana- y enceguecido por la soberbia y la autonomía moral, el hombre repitió la tragedia del Génesis y mientras se fue soltando de la mano paterna de Dios, gritó como Lucifer al comienzo de todo: "¡Non serviam; no te serviré!".

Las ciencias se divorciaron de la teología y la metafísica; la política renegó del bien común, atraída por la seducción maquiavélica de buscar y acrecentar el poder; la razón no encontró luz ni complemento en la fe -fruto del cisma protestante- y las artes plantearon una regresiva estética hacia el pasado grecolatino, endiosando la figura humana y humanizando lo sagrado.

En el colmo de la osadía inmanente, Dios fue expulsado de su propio paraíso. Cristo dejó de ser el Camino seguro, la Verdad que ilumina y la Vida entregada en abundancia.

Si en la Cristiandad la noche era como una gran representación pictórica de la Iglesia Triunfante, donde cada estrella es la luz de una interminable procesión de ángeles y santos, que velan por todos y cantan himnos de alabanza a la Luna Santísima, a partir de la Modernidad el hombre se fue quedando sin referencias porque trágicamente dejó de admirar el cielo.

Así, teniéndolo todo, reclamó la herencia y abandonando a su padre y terruño, se aventuró a caminar desafiando la oscuridad y la intemperie.

\*\*\*

En línea la explicación de esta cita, se pueden destacar algunos personajes. Los que buscan la felicidad pero de un modo inapropiado y aquellos que ya la encontraron pero aún no se han dado cuenta.

Tal vez te identifiques con el primero ellos. Entonces seas el último modelo del Hijo Pródigo, en alguna fase de sus dos versiones: "Eden XL", que sonrío para las cámaras, mientras disfruta de los placeres del mundo, y "Sensatez 2.0", que iluminado por un relámpago de gracia descubre que su vida está para mucho más que las bellotas... Y se pone en camino.

Habitas la ciudad. Vives tensionado por las exigencias del mundo laboral, que cada jornada te pide un esfuerzo más. "Pronto me enfocaré en lo importante- prometes sin convencimiento- Pero este negocio no se me puede escapar.

Es muy grande; si sale bien, me salvo...” Mientras tanto, Dios, tu familia y tu propia vida pueden esperar.

Pero una vez que el negocio se cierra, otro abismo se abre. Porque muy en el fondo reconoces que tienes una sed de infinito que las corporaciones no pueden saciar. Probablemente arrastras una pena tan grande y pesada que te encorva. Que te interpela en el insomnio. Pero no puedes parar. Ahora no. Todavía no.

Otra vez en la calle, de pronto escuchas el plañido de una campana. Suena apenas como un eco lejano, nostálgico, pero no puedes reconocer de dónde viene porque los rascacielos, catedrales feas del mundo moderno, tapan las cúpulas y campanarios.

“Es la voz de Dios”, decían los hombres sabios de antes “que llama a todos a la oración”.

“Sí, es Dios”, afirmas, y en un instante regresivo vuelves a la niñez, tiempo feliz cuando ardía tu corazón y la fe sí era capaz de mover montañas. Pero los bocinazos te devuelven a tu realidad de hombre ocupado; otra cita espera mientras Dios no desespera.

“Si el hombre puede olvidar o rechazar a Dios –afirma la Gaudium et Spes- Dios no cesa de llamar a todo hombre a buscarle para que viva y encuentre la dicha”.

Puede también que no seas el Hijo Pródigo pero sí su hermano mayor. Como el personaje evangélico, demuestras con tus actos ser una buena persona convencida de su fe. Llevando una vida de gustos austeros, siempre te mantuviste junto al padre y genuinamente te esfuerzas por hacer producir los dones y bienes confiados.

En toda relación, la fidelidad no puede faltar como el agua que nutre la tierra, pero es apenas un punto de partida. Porque puede haberse deformado hasta volverse un escondite muy bien disimulado que aporta seguridades, ya que en

el fondo se niega a enfrentar las preguntas esenciales.

Tal vez, sin darte cuenta, tu vida y lo que irradian van perdiendo el brillo original y originante. Todo se vuelve una sucesión sucesiva de sucesos. El tedio y el desaliento, como el rocío de la madrugada, son imperceptibles, sin embargo, mojan. Poco a poco, el cansancio de los buenos del que hablaba Pablo VI corroe tus fuerzas.

Es que la fidelidad sin amor acaba siendo amor a la infelicidad.

Tienes ideales y luchas por alcanzarlos; cumples honestamente con tus tareas; permaneces junto al padre, pero como dice San Pablo: "Si yo no tengo amor, yo nada soy".

Sea que te hayas cansado de vivir entre los cerdos o todavía presumas de ser un servidor fiel, estas líneas te tienen por destinatario.

En el fondo, como en el evangelio de los discípulos de Emaús (Lc 24; 13-25) ambos personajes se parecen porque caminan entristecidos. Decepcionados. Aquello que tanto desean no se ha cumplido. Una vez más, la promesa tan frágil como la porcelana está rota. Se quejan, lanzan reproches. Maldicen su suerte. ¿Por qué a mí?

Todos, absolutamente todos, necesitamos la caricia tibia de la misericordia y el auxilio cotidiano de la conversión. ¿Acaso existe alguien que no desee que vuelva a arder su corazón?

Caminamos en vez de peregrinar; vemos sin observar; oímos pero no escuchamos. Porque de hacerlo en serio, reconoceríamos, alegres, que no estamos solos. Que el Señor ya se asomó a la historia humana para asumir nuestros pecados y fatigas; para alimentarnos en las pausas del camino y guiarnos hacia la morada más segura.

Como el padre del evangelio, Dios respeta nuestra li-

bertad, pero todas las tardes se mece en la terraza esperando ansioso nuestro regreso.

¿Moraleja? Con todo tu corazón, toda tu mente y todas tus fuerzas, asume la vocación ineludible de haber sido creado para remontar las alturas.

Naciste para ser feliz.

Porque aunque diseñes los planes más ingeniosos y sofisticados para postergar lo inevitable, Él siempre está un paso delante. Siempre y de mil formas, seguirá llamando a las puertas de tu vida.

Jamás pero jamás, podrás liberarte del amor de Dios.

## Capítulo II

### **LO RECONOCIERON AL PARTIR DEL PAN**

Creado por amor y para la felicidad, con otros.

Así como Dios es Uno en tres personas, al crearnos no sólo dispuso para el hombre la compañía apropiada (Gn 2;18) sino también que no fuera solitario, sino que estuviera abierto a los demás.

Esta afirmación no es antojadiza, sino que las mismas ciencias humanas como la historia o la paleontología dan cuenta que desde sus inicios la humanidad vivía en comunidad, compartiendo la comida, cuidando a los enfermos o enterrando a sus difuntos.

Por naturaleza, el hombre es un ser relacional, abierto hacia los cuatro puntos cardinales: consigo mismo, el cosmos, sus pares y la trascendencia.

Sobre su relación con Dios, el hombre fue creado a su imagen y semejanza y llamado para ser su hijo, por lo cual debe corresponder con gestos de amor servicial.

En relación consigo mismo, requiere que sea capaz, primero, de gobernarse a sí mismo para abrirse con una actitud de disponibilidad hacia lo demás.

Su relación con el cosmos –todo lo inferior a él- requiere una actitud de respeto al orden natural impuesto por Dios a toda la creación. En pos de una ecología humana equilibrada, debe ordenar y dominar, no depredar.

En cuanto a su relación con los demás hombres, debe tener en cuenta que es un encuentro entre pares, donde cada uno es único e irreplicable, singular, pero iguales en dignidad. Actitud de integración.

Así se puede concluir que todo hombre está hecho para “con vivir”, que es un medio imprescindible para la perfección y la felicidad del ser humano. Para Aristóteles y Santo Tomás, el hombre precisa de la sociedad para llevar una vida verdaderamente lograda, humana.

Es naturalmente social porque precisa de sus pares para vivir, no de cualquier manera, sino plenamente como hombre.

Atento a esta innata inclinación a la convivencia con otros y en su infinita bondad y sabiduría, Dios dispuso que la redención y salvación del hombre no fueran gestos en solitario.

Por eso, antes de su Ascensión a los cielos, Cristo funda la Iglesia con la amorosa voluntad de que todos los hombres, en comunidad, puedan ser felices y salvarse.

La raíz etimológica de la palabra Iglesia nos da una pista de esta maravillosa realidad de un Dios con entrañas de padre que quiere lo mejor para sus hijos. Iglesia viene del griego ekklesia, que significa “convocación”, “asamblea” o en el mismo sentido “llamar a los que están afuera”.

En las ciudades cristianas antiguas, el recurso del campanario, lo más elevado posible, plasma la idea de convocar llamando a todos los que están afuera, porque Dios no excluye a nadie.

A lo largo de la historia, sea en tiempos de acogida o de terribles persecuciones, la Iglesia no ha cesado nunca de cumplir con su doble misión: adorar a Dios a través de los oficios litúrgicos y ayudar a que todos se salven, administrando la gracia por medio de los sacramentos.

Porque como bien lo señala el evangelio de Mateo (9;9-13) “no son los sanos sino los enfermos los que precisan curarse”.

Entre 1962 y 1965, se produce un acontecimiento decisivo para la historia contemporánea de la Iglesia. Después de casi un siglo, Juan XXIII, el Papa Bueno, convoca al Concilio Vaticano II.

De carácter ecuménico, el Concilio no abordará temas de fe o de moral, sino que se centra en la relación de la Iglesia con el mundo. Ese mundo devastado por las Guerras Mundiales y las constantes amenazas nucleares entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Ese estado de descreimiento existencial será el humus para el germen de varias ideologías, hijas dilectas de la Modernidad, que deformarán la cruz relacional del hombre en sus cuatro direcciones o lo impulsarán a quedarse sin apertura, ensimismado en la subjetividad de su propia conciencia.

El Concilio será un grito de madre que llama amorosamente a ese hombre que “está afuera”, castigado por las inclemencias de la vida. Que sufre solo, pudiendo ser consolado por otros; que carga con una cruz tan insoportable y pesada porque no se atreve a compartirla con Cristo. Así lo expresa en su discurso inaugural el mismo Juan XXIII, al sugerir que la Iglesia debe “usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad”.

Pero el Concilio no sólo dialoga con el mundo, sino que

también tiene el objetivo de que la Iglesia tenga el coraje de mirarse a sí misma. Y fruto de esa reflexión de autoconciencia, impulsará valiosas reformas que la rejuvenecen en la misión encomendada por su fundador Jesucristo.

En otro paso decisivo, la Iglesia conciliar también llama a los de adentro para que estén “afuera”. Específicamente, revitaliza la vocación de los laicos. A través del documento *Lumen Gentium*, afirma que “tienen como vocación propia el buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios [...] A ellos de manera especial corresponde iluminar y ordenar todas las realidades temporales, a las que están estrechamente unidos, de tal manera que éstas lleguen a ser según Cristo, se desarrollen y sean para alabanza del Creador y Redentor”. Es decir, que impulsados como los apóstoles en Pentecostés, vayan al mundo –sin ser del mundo– para llevar a todos los hombres la alegría de la Resurrección.

En definitiva, la Iglesia le pide a los laicos, revitalizando su vocación apostólica por el bautismo, que salgan al mundo para evangelizar la cultura.

Y así empieza todo.

\*\*\*

1962. Barcelona.

Antes de embarcarse en el “Julio César” para regresar a su Buenos Aires querido, el joven fraile recibe del Prior General de la Orden Dominicana, fray Manuel Fortea O.P. un mandato crucial: al pisar Argentina, debe fundar una institución laical de espiritualidad dominica.

Los frutos del Concilio comienzan a germinar.

Fray Aníbal Fosbery O.P. es el joven a quien se le encomienda semejante misión. Está muy sorprendido: todavía no cumple tres años de fraile -se ordenó el 6 de diciembre de 1959- y acaba de doctorarse en Teología en Roma. A su regreso, sólo cuenta con un grupo de amigos dispuestos a seguirlo y la súplica que le hiciera al Señor, el día de su ordenación sacerdotal:

“Señor, sólo te pido la gracia ser un apóstol entre los jóvenes”. Con cinco panes y dos pescados, ¿alcanzará?

Después de algunos intentos fallidos y mientras se radica en Mendoza para asumir como rector del colegio Santo Tomás, por esas cosas del querer de Dios, el 7 de octubre de 1962, día de la Virgen del Rosario, en Leones, Córdoba, Argentina, funda la Milicia Juvenil Santo Tomás de Aquino, actualmente conocida como Fasta.

¿En qué consiste esa Milicia Juvenil, que en pocos años estará también en Mendoza, San Juan, San Luis, Córdoba, Buenos Aires, Rosario y Tucumán? ¿Qué fuego hace arder los corazones de tantos niños y jóvenes, que cada verano renuncian felices a las vacaciones familiares para levantar ciudades de lona o trepar cumbres nevadas?

Las actividades al aire libre, tan de moda en la actualidad, ya expresan incipientemente en esos años un modo, un estilo original de evangelización. Pero con toda la gesta y épica que encierran, los campamentos, marchas y ascensiones son apenas la forma de algo que está más en el fondo.

¿Y qué es eso que está en el fondo?

El secreto del padre Fosbery es el amor. Porque el amor, a pesar de la devaluación actual, sigue siendo muy atractivo.

A niños, jóvenes y a quien quiera escucharlo, les habla del amor en su forma más sublime y benevolente. Que merece toda nuestra atención y servicio. “Vale quien sirve, ser-

vir es un honor”, expresa una de nuestras máximas. Amor por el que vale la pena bien gastar la vida. Porque “el que pierda su vida por Mí, la ganará” (Mt 10; 39).

Amor a Dios, la Iglesia y la Patria. Expresado en tres flechas ascendentes que apuntan hacia el infinito, recordándole al hombre que siempre, a pesar de su bajeza, la salida es hacia arriba.

En tiempos de globalización –que no es lo mismo que la universalidad medieval- donde las notas peculiares de cada cultura son licuadas en pos de la hegemonía inmanente del más fuerte y las leyes del Santo Imperio Mercado, el padre Fosbery rescata la vigencia y valor profundo del amor a la Patria.

¿Qué es la patria?

Es ese espacio vital de sangre, historia y cultura donde se pone en juego la salvación personal y comunitaria de cada hombre. Como la familia, no se elige; más bien Dios la elige por nosotros y con un propósito –sentido- por descubrir. Como la familia, cuando falta, falta todo.

En Fasta, a ejemplo de su Fundador, se cultiva un amor sereno, viril y esperanzado a la patria, no en un sentido ideológico sino cultural.

Lejos de la dialéctica marxista que todo lo expresa desde extremos antagónicos, la patria debe amarse como una herencia cultural que se recibe sin méritos de nuestra parte pero que, inculturación mediante, estamos comprometidos a defender, promover y acrecentar para provecho de las generaciones futuras.

Cultura proviene del latín cultus, que se refiere a cómo el hombre debe trabajar, cultivar la tierra para que dé buenos frutos. Es decir que haciendo uso de sus facultades espirituales debe intervenir sobre la creación para orientarla a su fin perfecto.

Con una metáfora muy bien lograda en su libro “Nueva Evangelización y Cultura”, de Juan Carlos Bilyk compara a la cultura “como la atmósfera que se forma en torno a la comunidad y dentro de la que el hombre concreto respira a diario, impregnándolo e imprimiéndole una forma de ser y de obrar”.

No es un tema menor, ya que la salud espiritual comunitaria dependerá de la pureza o toxicidad de esa atmósfera.

¿Y cuál es ese tesoro que como el hombre del evangelio (Mt 13; 44) vale tanto la pena, al punto de empeñar la vida misma?

La cultura católica.

Ese patrimonio de fe, doctrina, liturgia, valores universales y perennes, que la Iglesia fue desarrollando a lo largo de los siglos y que sirve de provecho no sólo a los cristianos sino a todo el género humano.

El hombre de la antigüedad, asfixiado por su falta de libertad para interpretar fenómenos naturales que terminaba atribuyendo a la voluntad caprichosa de los dioses, sólo ocupaba su inteligencia –mayormente práctica- en sobrevivir. Su intervención sobre la naturaleza para forjar una cultura era básica.

Los griegos, en tanto, favorecidos por una posición geográfica estratégica privilegiada, dispusieron de tiempo –ocio creativo- para hacerse preguntas sobre la vida y su sentido. Así fundaron la filosofía, tan vasta y rica en aportes que aún sigue generando atracción. Aristóteles, por ejemplo, reconoce en el hombre una dimensión espiritual exclusiva que le permite tomar distancia sobre las cosas y obrar libremente.

La humanidad debe estar eternamente agradecida al aporte filosófico griego, que tensando al máximo los alcances de la razón y sin contar con el auxilio de la Revelación, al-

canzó alturas formidables que el cristianismo va a potenciar. Con todo y a pesar del gran esfuerzo racional, no tiene certezas a una pregunta clave: el origen y el destino del hombre.

Es que la respuesta a esa pregunta sólo la puede dar Dios, autor de todo. El hombre, aunque genuinamente lo quiera, no se la puede dar a sí mismo.

Por eso, en la plenitud de los tiempos, después de que Dios pedagógicamente ha ido preparando a la humanidad para recibir su mensaje, Jesucristo le revelará al hombre su identidad más profunda: quién es, cuál es su origen y destino. Por amor hemos sido creados para la felicidad y estamos destinados a volver a Él, fuente de vida eterna.

Sólo con esta certeza acerca de quién es y hacia dónde se dirige, el hombre estará en condiciones de intervenir con su inteligencia sobre las cosas –naturaleza- para ordenarlas a su fin. Ese es el hecho fundante de la cultura.

Así nació la cultura católica, que purificando los valores y costumbres de la sociedad grecorromana según el Evangelio, rescatará al hombre y su dignidad en orden a la salvación. Dando culto a Dios y cultivándose en el bien, la verdad y la belleza, de la mano de la Iglesia –hoy tan injustamente atacada- el cristiano irá dando respuestas concretas a las necesidades del prójimo próximo desde las obras de misericordia espirituales y corporales. “Enseñar al que no sabe”, creando escuelas y universidades. “Corregir al que se equivoca”, sosteniendo centros de atención contra las adicciones o “cuidar a los enfermos”, a través de hospitales, hogares para huérfanos o ancianos. “Dando de comer al hambriento”, abriendo comedores en los barrios más vulnerables, lanzando campañas solidarias para “vestir al desnudo” o dar de “beber al sediento”.

Sólo una cifra para tener en cuenta y valorar la envergadura de su misión: el 60% de las obras de caridad en todo

el mundo son promovidas, financiadas y sostenidas por la Iglesia.

\*\*\*

Evangelizar la cultura, la familia y la juventud; conocer, defender y promover los principios universales de la cultura católica, son algunas de las notas propias del ser de Fasta. Hoy lucen claras, potentes y definidas. Sin embargo, son fruto de un largo proceso de discernimiento de su Fundador, que contando con las gracias especiales del Espíritu Santo fue advirtiendo a lo largo del camino.

Fasta tiene un carisma propio y una espiritualidad participada.

Son dos realidades que se complementan y requieren mutuamente.

Carisma sin espiritualidad es una ONG; espiritualidad sin carisma puede ser sólo una plataforma de buenos deseos...

El Catecismo define a los carismas como dones o regalos que Dios confiere a una persona –fundador- para que los desarrolle en comunión y al servicio del bien común de la Iglesia.

El Espíritu Santo reparte estas gracias “según quiere” (I Cor 12,11) y se ordenan a operar en algún sector determinado del Cuerpo Místico de Cristo, respondiendo a una realidad de compromiso y misión, con su responsabilidad personal y comunitaria.

Es el modo propio, singular, original de llevar adelante una acción evangelizadora. Poco a poco, se va plasmando a través de estatutos, ensayos, canciones, poemas, costumbres, estilos, jergas, que van adhiriéndose, como ladrillos, a los cimientos de la cultura institucional.

La opción por la pobreza forma parte del carisma de muchas Congregaciones, sin embargo las Hermanas de la Caridad la ejercen de un modo y los franciscanos de otro, aunque en ambos casos atendiendo a la edificación de la Iglesia.

En Fasta, el carisma apunta a responder desde el compromiso y la misión, a lo que el Concilio Ecuménico Vaticano II reclama para todos los laicos cuando les pide que “asuman las estructuras temporales y las ordenen según el espíritu del Evangelio”.

Lo afirmamos antes. No hay carisma fértil sin una espiritualidad que lo vivifique. Así como el alma requiere del cuerpo para poder expresarse y el cuerpo es inerte sin el soplo de vida del alma, un carisma es letra muerta sin el sostén de Aquél que tiene palabras de vida eterna (Jn 6; 62)

La espiritualidad de Fasta es dominicana, como lo es la de su fundador el Padre Fosbery.

En 1170, cuando la Iglesia era acechada por el poder temporal y las herejías, nace Santo Domingo de Guzmán, predestinado ya en sueños revelados a su madre a ser el guardián de la verdad y luz en el mundo.

La Orden de Predicadores surge en 1216. Su fundador Domingo le imprime cuatro notas fundamentales, que heredará Fasta: oración, contemplación, estudio y vida en comunidad.

De acuerdo a los testimonios históricos, Santo Domingo sólo “hablaba con Dios o de Dios”. Diálogo y predicación. Nadie puede anunciar aquello que primero no ha contemplado.

Esa realidad contemplativa y cultural de la espiritualidad dominicana se cultiva desde la oración personal que se manifiesta en el rezo cotidiano del Santo Rosario y la Liturgia de las Horas; en la participación activa del Santo Sacrificio de la misa y las celebraciones solemnes, anclando la vida

en la gracia habitual y en el cumplimiento de los deberes de estado.

Ser testigos de la verdad que urge ser anunciada, implica un profundo, esforzado y metódico estudio de la filosofía y la teología. Allí brilla el faro de Santo Tomás de Aquino (1225-1274), patrono de Fasta, quien integrando la Revelación con la razón y rescatando fuentes paganas conciliables con el Evangelio, edificará la gran síntesis del pensamiento cristiano que todavía sigue vigente

Dotado de una inteligencia admirable –dicen sus biógrafos que recitaba de memoria la Biblia o era capaz de dictar en simultáneo varios escritos de naturaleza distinta- su mérito es que desde pequeño se dejó habitar por Dios. Sería un error gravísimo sólo admirar sus dotes intelectuales divorciados de las virtudes de santidad que cultivó, como la humildad en grado heroico, en respuesta dócil a los consejos que a diario recibió de sus dos amores: el Santísimo y María. Si fue el más grande de los sabios es porque primero eligió ser uno de los más grandes santos.

Sin embargo, en una lúcida carta con motivo de los 800 años de la Orden dominicana, el Papa Francisco nos advierte sobre uno de los grandes peligros que corre el predicador: transmitir sin amor.

“Sin una fuerte unión personal con Cristo, la predicación podrá ser muy perfecta, muy razonada, incluso admirable, pero no toca el corazón, que es lo que debe cambiar”, señala el Pontífice.

Cuando sobrevino una gran hambruna, el mismo Santo Domingo se hizo la pregunta: “¿Cómo puedo estudiar sobre pieles muertas cuando la carne de Cristo sufre?”. En un gesto que llenó de admiración a todo el pueblo, actuó como lo hubiera hecho Cristo, vendiendo todos sus libros en socorro de los más necesitados.

Otro signo muy palpable de la espiritualidad dominicana que hereda Fasta es la fraternidad comunitaria.

El tono fraterno y amical en Fasta es fruto de una fuerte interioridad que acompaña los gestos y la vida del Fundador, y que él supo transmitir a todos aquellos que se fueron acercando a la obra.

Muchas personas se incorporan lo hacen atraídos por el amor, afecto y comprensión que observan entre sus miembros.

Tan importante es esta cualidad para la vida de comunidad que cada primer sábado de diciembre se celebra el Día de la Amistad Fasteana.

Como lo expresa claramente el Padre Fosbery en su libro "Carisma y Espiritualidad", en la medida que mejor participen los miembros de las tres Fraternidades –laicos, sacerdotes y consagradas- del bien de su espiritualidad, mejor asumirá toda Fasta el carisma institucional en sus organizaciones, obras, comunidades y proyectos de evangelización.

Pero no hay carisma ni espiritualidad que se sustenten mutuamente si no está Cristo.

Podemos correr el riesgo de elaborar programas pastorales muy buenos, fruto de un diagnóstico certero. Podemos tener plena conciencia de qué y cómo hacerlo. Pero si ensimismados en nuestras tristezas o disputas personales, no somos capaces de reconocerlo como compañero de camino; si no "arde nuestro corazón" o seguimos ciegos aunque "parte para nosotros el pan", anunciaremos una cruz sin resurrección.

Por Cristo; con Él y en Él. Sólo el Señor certifica, como un eximio joyero, que la obra por más esmero y dedicación que tenga encima, sea auténtica o una excelente falsificación.

Porque como bellamente lo expresa Robert Benson,

un escritor inglés convertido al catolicismo, "incluso las más sagradas experiencias de la vida son estériles si la amistad de Cristo no las santifica. El amor más santo es oscuro si no arde en Su fuego. Ese afecto que me une al amigo más querido es falso y traicionero, a menos que ame a mi amigo en Cristo".

## Capítulo III

### **Y SE PUSIERON EN CAMINO**

Repasando brevemente la historia de Fasta, podemos señalar que la década del 70 marca la consolidación de las primeras fundaciones y un estilo propio de evangelización.

Sábado a sábado, en los rucas –casas- niños y jóvenes de 8 a 22 años se organizan en Agrupaciones, Secciones y equipos, cada cual identificado con un nombre, escudo y simbología, mientras a través de charlas, ceremonias litúrgicas, juegos, deportes, salidas a la montaña o campamentos, se esfuerzan por vivir a pleno los ideales que les plantea la institución.

El núcleo central es el encuentro con Cristo, a quien se debe conocer –de allí la importancia de la catequesis- para poder amar con intensidad –celebración de la Santa Misa y los sacramentos-, seguir y anunciar a los hermanos.

Una nota muy marcada del trabajo juvenil es que los jóvenes forman a otros jóvenes. Los adultos orientan, acompañan, pero es entre pares que se planifica el año con todas sus actividades. Esta pedagogía que encierra un acto de confianza, permite que los jóvenes ejerciten sus dotes de liderazgo y aprendan tempranamente a asumir riesgos, organizando, por ejemplo, eventos masivos como campamentos u olimpiadas deportivas.

Sin embargo, hay un hecho histórico muy importante, que desafiará una de las notas de su carisma, impulsando a Fasta a penetrar en las entrañas de la cultura.

Con 24 alumnos, un 13 de marzo de 1978, en Tucumán, Argentina, Fasta funda el colegio Ángel María Boisdron O.P., en homenaje a un fraile dominico francés que colaboró en la formación de varios intelectuales tucumanos de fines del siglo XIX.

El colegio Fasta Boisdron será la simiente de una original Red Educativa, que actualmente integra a 25 centros en varias ciudades argentinas y en Valencia, España.

Pero, ¿en qué consiste el proyecto educativo que ofrece Fasta?

Principalmente se apoya sobre tres Pilares. El primero apunta a que los alumnos se apropien de una cosmovisión cristiana de la realidad, integrando la fe con la razón; el orden natural con el sobrenatural, disponiendo que su inteligencia se abra a las verdades de la fe. Para tal fin se desarrolla desde el 2003 el Programa Fecien -Fe y Ciencia-.

El segundo Pilar, denominado Fe Vida, apunta a la educación de la voluntad, a fin de que los alumnos apetezcan el natural amor al bien y se comprometan con una vida plena de sentido. Si bien es un Pilar de contenidos transversales a toda la currícula, específicamente se trabaja desde las Tutorías.

Por último, el Pilar Fe Obrar procura que los alumnos y sus familias abracen los ideales de vida cristianos, convirtiéndose en discípulos y misioneros.

Cultivo de la inteligencia para conocer y transmitir la verdad; educar el corazón para amar el bien y forjar las manos, trabajando unidos a Cristo y su Iglesia en la edificación del Reino de los Cielos.

Abarcando todas las dimensiones educativas, Fasta también funda en 1991 su propia Universidad, que inspirada en la propuesta de Santo Tomás, da una fuerte impronta a la integración de los saberes y la sub alternación de las ciencias, tan contrarias en el mundo académico actual.

Además de las clases presenciales, la Universidad se adapta a las exigencias tecnológicas actuales, agregando a su oferta académica una variada alternativa de carreras de grado y diplomaturas a distancia y semi presenciales, que le ha posibilitado llegar a lugares y culturas insospechados.

Si bien Fasta nace como una Fraternidad laical, a partir de 1985 surge la Fraternidad Sacerdotal y desde 2005 la de laicas consagradas denominadas Catherinas, quienes viven el carisma y la espiritualidad de Fasta, pero siguiendo el modelo de Santa Catalina de Siena.

Ambas Fraternidades funcionan en Buenos Aires según las Regencias dispuestas por el Padre Fundador, se incardinan en las distintas Diócesis y de acuerdo con sus Estatutos regidos por el Derecho Canónico vigente, su principal tarea misionera –no excluyente- se vuelca hacia el acompañamiento espiritual de los miembros del Movimiento y de sus obras apostólicas.

Niños, jóvenes, alumnos en todos los niveles de enseñanza; sacerdotes y laicas consagradas. Pero, ¿qué invitación puede hacerles Fasta a los matrimonios y laicos adultos?

Ya desde 1981, Fasta crea una estructura formal llamada Convivio. Surge en respuesta a las necesidades naturales de sus primeros miembros, quienes ya casados o graduados profesionalmente, quieren seguir vinculados a Fasta, pero de un modo más flexible que contemple sus nuevos intereses y estados de vida.

La palabra convivio viene del latín convivium que significa banquete. A su vez, tiene como antecedente la griega

ágape, que refiere a un tipo de amor. Platón la usa para hablar del amor a la sabiduría o filosofía. En definitiva, amor a la verdad. Varios siglos después, Dante Alighieri le dará un sentido análogo al escribir su obra "El Convivio".

Los primeros cristianos usan el término ágape para referirse en una doble acepción: amor a Dios y de Dios al hombre o al encuentro social entre hermanos. Es probable que también haga alusión a la Última Cena del Señor. Una cena donde los manjares servidos serán la Palabra, el Cuerpo y la Sangre del Cristo. Así el término se refiere a una comida fraternal de carácter religioso que hacían los cristianos para fortalecer sus vínculos afectivos y religiosos.

De esta manera la naturaleza del convivio de los primeros cristianos, inspira al Padre Fosbery para replicar su espíritu religioso como práctica apropiada para los miembros adultos de Fasta. "La multitud de los creyentes -afirma los Hechos- tenía un solo corazón y una sola alma, y nadie consideraba como suyo lo que poseía sino que compartían todas las cosas" Y también dirá: "Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones".

En Fasta, el Convivio es una comunidad de laicos adultos de carácter religiosa, donde se vive la fe, se promueve el estudio y la formación intelectual y se cultivan las virtudes sociales y morales. No necesariamente debe surgir de un grupo natural o de gustos afines. Lo que congrege a todos debe ser el deseo ardiente de tener una experiencia personal y comunitaria con Cristo. Así, será el tránsito madurativo de la vida religiosa personal a la comunitaria.

Por último, un convivio es el hábitat donde el adulto de Fasta se evangeliza. "Hay que conquistar el corazón del creyente -afirma el Fundador- porque si no hay un hombre evangelizado, ¿cómo vamos a evangelizar la cultura"? El Papa Francisco dirá: "evangelizados para evangelizar".

\*\*\*

Luego de más de medio siglo de acción apostólica, con las pruebas de su crecimiento cualitativo y cuantitativo, hoy se puede constatar la vitalidad, vigencia y aporte del carisma de Fasta a la edificación de la Iglesia.

De modo profético, el Espíritu inspiró por medio del Fundador un modo original de acción apostólica que da respuestas vastas y ricas a las encrucijadas que plantea el secularismo imperante. Porque apuntar a la evangelización de la cultura es derramar en pendiente torrentes de gracia por todos los intersticios personales y comunitarios de la existencia humana.

Como obra de la Iglesia e injertada al Cuerpo Místico de Cristo, Fasta pretende esparcir sobre la ciudad de los hombres el humus vivificante de la Ciudad de Dios, para que la tierra de los buenos frutos que pretende el Señor, que “ama a todos sin excluir a nadie”.

Como lo admiten los testimonios de ese hecho histórico, a mediados de los 80 Fasta comienza a vivir una crisis de crecimiento, ya que como se indicara anteriormente, sus primeros adultos empiezan a reclamar nuevos espacios de evangelización.

“El modelo de Fasta –señala Fosbery en el libro “Misterio y Esperanza”- pensado como una institución lineal, de actividades sabatinas, estaba totalmente agotado... Crecimos porque éramos una ciudad. Lo supimos mientras gastábamos nuestros símbolos mediadores entre el cielo y la tierra”.

A este modo singular de instalar a la Iglesia como espacio de salvación acorde a los signos y necesidades de los tiempos, se le llama Ciudad Milliciana o Fasteana (1987).

Apunta a abrir nuevos ámbitos de misión, sacralizando y ordenando todas las realidades a Cristo, a fin de que el hombre recupere la “memoria” acerca de quién es; de dónde viene y cuál es su destino después de la muerte.

Se trata abrir la Ciudad (de Dios) en la ciudad (de los hombres) que procura la salvación en comunidad, donde – como señala el Fundador- “cada uno de nosotros se siente responsable de la salvación del otro, acompaña la salvación del otro y se goza en la salvación del otro”.

¿Qué debe testimoniar todo aquel que habite la Ciudad?

¡La resurrección del Señor! Desde la vivencia cercana de experimentar el paso de Dios en nuestras vidas, que deposita sus gracias en nuestros corazones.

La Ciudad fasteana es una realidad dinámica, en permanente crecimiento. El niño que se incorpora, un nuevo convivio, obliga a extender sus fronteras, que deben ser insondables como el amor de Dios.

“Quisiéramos abrir las murallas de nuestra Ciudad – enfatiza el Padre- para que pueda acoger en gozo, perdón y comprensión, a todos nuestros hermanos con sus miserias, debilidades y tensiones; a esos jóvenes que deambulan por las calles, a todos los hombres de buena voluntad que puedan entender el mensaje de los ángeles”.

Es fácil vivir en la Ciudad, pero el gran desafío es habitarla. Hacer que me habite Dios para que yo entonces pueda habitar en la Ciudad. Requiere de un permanente acto de conversión.

Se trata de “construir la invisible presencia del Reino de Dios en el corazón de los hombres”, tarea que reclama de cada fasteano un compromiso de fe y acción. Sólo desde la amorosa contemplación del misterio de Dios en nuestras vidas, obtendremos el sentido y la fuerza vocacional de hacemos Apóstoles.

La decisión de explicitar la Ciudad Milicianiana, con fundamentos teológicos e implicancias prácticas, fue acertada. Ya que, de alguna manera, podemos decir que movió a Fasta de la órbita de la Orden de Predicadores para proyectarse

hacia todo el corazón de la Iglesia. Y junto al discernimiento de los distintos Pastores, tomó más autoconciencia de su carisma y su mensaje se universalizó.

Diez años después, de manos del entonces Santo Padre Juan Pablo II, Fasta fue reconocida como Asociación Internacional de Fieles de Derecho Canónico.

Sin esa fina lectura de los signos de los tiempos; sin ese atrevido gesto en medio de la crisis, seguramente Fasta jamás habría podido, por gracia de Dios, ser lo que es hoy, con presencia apostólica en las tres Américas, Europa y África.

Así, las tres Fraternidades que conforman Fasta están llamadas, por naturaleza y misión, a sumarse al impulso de una renovada Nueva Evangelización.

Desde sus orígenes, la Iglesia no ha cesado de hacer realidad visible la misión encomendada por Cristo, su fundador: "Vayan por todo el mundo y prediquen el evangelio a todos los hombres" (Mc 16;15)

"Todos –afirma el Papa Francisco- tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable".

Pero, ¿qué es la Nueva Evangelización, para que por ejemplo Juan Pablo II la mencionara más de 300 veces durante su Pontificado?

La Nueva evangelización es el impulso espiritual renovado de la Iglesia por llevar el mensaje de Jesús a los hombres de este tiempo, y que debe ser nueva "en su ardor, en sus métodos y en sus expresiones".

Mal que le pese a los descreídos y progresistas, como bien lo aclara Benedicto XVI, lo que deben ser nuevos no son sus contenidos doctrinales, sino los modos de llegar hasta tocar el corazón del hombre contemporáneo que, como sus antepasados y

aunque no se dé cuenta, también tiene hambre y sed de Dios.

Queda planteado el desafío.

¿Cómo pueden ser bien acogidas por un mundo en cambio las verdades de Dios y sus principios que no cambian?

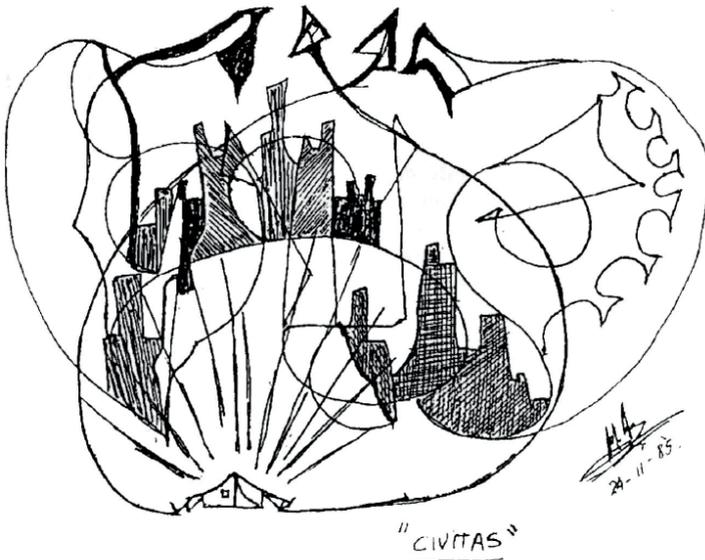
¿De qué modo se puede transmitir la verdad del hombre cuando las ideologías lo han seccionado en su mesa de anatomía, repartiéndose las partes a su arbitrio?

¿Es posible seguir hablando de amor y de todo el repertorio de sentimientos genuinamente humanos, si la vida naciente y senil es amenazada cuando no descartada?

¿Es utópico que el hombre recupere el sentido común a pesar de que comúnmente vive sin sentido?

Es posible. No es utópico. Existe un modo. Como lúcida-mente plantea el profesor Juan Carlos Bilyk, son tres las actitudes desde las que se debe impulsar la Nueva Evangelización:

a) El testimonio: En un mundo descreído a fuerza de



desencantos y falsos profetas, el ejemplo de una vida coherente en fe y vida; fe y obras, sigue siendo atractivo. Como bien los expresa el dicho popular: "las palabras convencen pero el testimonio arrastra".

b) La alegría: Sabernos salvados por Cristo debe ser un renovado impulso para anunciar a todos su resurrección. Sin embargo, no pocas veces vivimos como si todavía siguiera en el sepulcro. Alguna vez un protestante contó esta anécdota. Luego de negar la presencia real de Cristo en la Eucaristía, señaló que estaría dispuesto a cambiar de opinión cuando vea a un católico comulgar con alegría...

c) La misericordia: Con motivo del Jubileo de la Misericordia, el Papa Francisco escribió estas hermosas palabras: "La Iglesia tiene la misión de anunciar la misericordia de Dios, corazón palpitante del Evangelio, que por su medio debe alcanzar la mente y el corazón de toda persona. Es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio... que transmita misericordia para penetrar el corazón de las personas y motivarlas a reencontrar el camino de vuelta al Padre".

## CIVITAS

Noviembre de 1985. En Raco, Tucumán, Argentina, el Padre Fosbery les habla proféticamente a los primeros del sueño de la Ciudad Fasteana.

Miguel Ángel Tobares -nombre predestinado de artista- tiene papel y lápiz pero no toma apuntes porque Dios escribe por él.

El arte verdadero exime de palabras; sin embargo humildemente sirvámonos de ellas para descifrar al Artista detrás del artista.

\*\*\*

Todo empezó en una carpa.

En realidad por un problema logístico, en ese primer campamento de Fasta de 1963, sólo los últimos días llegaron las carpas. Antes durmieron a la intemperie o dentro de una enorme gruta. Hermosa metáfora: María, primera y bendita carpa.

Aclarado, todo empezó en una carpa.

En una vieja, prestada y zurcida carpa.

En un hábitat humilde y frágil. Un signo obligado a recordarnos que en el origen todo era una maravillosa conquista épica porque, salvo sueños, no teníamos nada. Como el Niño, nacimos pobres y gracias a la generosidad de otros.

“No se la crean –dijo el entonces cardenal Bergoglio, en los 50 años de Fasta- Nunca olviden que ser miliciano no es lo mismo que ser proselitista. Sigán sirviendo a la Iglesia en la santidad. Sigán evangelizando por atracción de santidad. Sean milicianos en la exigencia propia, en el sacrificio cotidiano, en la abnegación continua”.

La carpa es nuestro todo.

Allí se tejieron amistades tan vitales como el aire; allí aprendimos a ser puntuales y ordenados. Entre sus paredes húmedas por el rocío, nos sorprendió el sueño rezando el rosario. Así, poco a poco descubrimos que a pesar de la estrechez, Cristo –el Misterio- habitaba entre nosotros.

“¡Qué bien se está aquí! Armemos tres carpas”, dice Pedro, siempre Pedro, en el Monte Tabor cuando Jesús brilla resplandeciente (Mc 9; 2-10) Estando Cristo, siempre dan ganas de quedarse. Por eso Fasta no sólo armó tres carpas sino toda una Ciudad de Iona. Por el querer de Dios, toda la Ciudad cabe en una carpa y una sola carpa es toda la Ciudad.

La carpa es un tabernáculo que entre el fulgor de fogones, invita a la adoración. Por eso en los campamentos hacemos guardia, por el Salvador del mundo que viene a resucitarnos. El propio Fundador designó a los primeros para que sean la “guardia orante” de la Ciudad, aquellos que deben velar unidos para alejar las acechanzas de la carne y el demonio. ¡Ay de nosotros, si nos quedáramos otra vez dormidos en el Huerto...!

Siguiendo con la interpretación de la obra, notemos juntos que la carpa, a pesar de su rico simbolismo, es apenas el punto de partida y no de llegada.

Aunque Cristo la habite y estemos muy bien en ella, El mismo, como a Pedro, Santiago y Juan, nos invita a salir. A abandonar la comodidad, nuestros espacios de confort, para adentrarnos en las periferias existenciales del mundo moderno.

“Una Iglesia que no sale –advierte Francisco- a la corta o a la larga se enferma en la atmósfera viciada de su encierro. Es verdad también que a una Iglesia que sale le puede pasar lo que a cualquier persona en la calle: sufrir un accidente. Pero prefiero mil veces una Iglesia accidentada a una Iglesia enferma”.

Sería un gran acto de traición a nuestra gracia bautismal si elegimos habitar sólo la carpa. Confundiéndola como un fin en sí mismo. Habitando sus lugares seguros, adulándonos entre nosotros, festejando cada chiste zonzo o mordiéndonos por aburrimiento.

En el mundo antiguo, el estado de guerra permanente no sólo era un signo de deseos expansionistas, sino que también buscaba mantener activa a la tropa, ya que si ésta se relajaba era fácilmente vencible...

Notemos también que las tres flechas que salen de la carpa suben pero no en forma lineal, rígida, sino más bien

serpentean como el río que se detiene en los recodos del terreno. Lo importante es que ambos, el río y las fechas, a pesar de las aparentes demoras, no dejan de cumplir con su misión: el primero, llegar al mar; las segundas, apuntar al cielo.

Las montañas sólo fueron el entrenamiento para salir. Hermosa la vocación natural del hombre que, siendo pedestre, quiere subir. Amamos la montaña pero no somos alpinistas. Escalamos cumbres nevadas para contemplar y oír al Cristo transfigurado. "Este es mi Hijo muy amado; escúchenlo". Luego, llenos de Él, la misión no está en la soledad contemplativa sino en los combates que aguardan en la ciudad. Retirarse de la ciudad para llevar la Ciudad a la ciudad.

Salir a las periferias existenciales para que, en nombre del Señor no en nombre nuestro, curar a los nuevos leprosos del tercer milenio. Aquellos "impuros" -no pocas veces excluidos de la propia Iglesia- que también ansían escuchar: "Tu fe te ha salvado; vete y no peques más".

Otra advertencia: no nos es lícito dronear la realidad. No basta con sobrevolar la vida del Otro, muchas veces con aires de superioridad o indiferencia. Por el contrario, debemos bajar, aterrizar, desarrollar la pedagogía de la escucha, recorriendo tanto rascacielos, barrios exclusivos como la ciudad profunda, marginal, lasciva, maloliente, para rescatar a todos sin acepciones; aún a aquellos que nos rechazan y lastiman porque están desesperados o no conocen el don de Dios... Y como el Buen Samaritano (Lc 10; 25-37) volver a la carpa posada Iglesia, para que el Señor, concedor como nadie, recete a cada uno el mejor tratamiento.

En Fasta necesitamos Pedros y Pablos.

Los primeros son aquellos que velan junto a la carpa. Su tarea, indispensable, es formar a los más pequeños en el carisma y la espiritualidad, para que cuando lleguen a ciuda-

danos y asuman la posta de sus mayores, estén plenamente convencidos de gastarse la vida como discípulos misioneros. Pueden identificarse como los que están más abocados al Movimiento.

Pero también precisa, y mucho, de los Pablos, aquellos combatientes de trinchera, quienes trabajando en las obras o cumpliendo misiones específicas, día a día enfrentan los peligros y desprecios de una cultura desacralizada. Lejos de claudicar, deben sostener la bandera de la Nueva Evangelización mostrando integridad y profesionalismo.

En Fasta no hay ciudadanos de segunda. Nadie puede presumir de sus logros o simular fidelidad al ideal con la doble intención de mejorar su posición personal. Como Juan el Bautista, todos somos indignos precursores del Mesías, el Hijo de Dios. En este caso como en la Iglesia primitiva, ambas vocaciones se requieren, sostienen y complementan. Ni Pedro sin Pablo ni Pablo sin Pedro.

Es preciso que juntos, Pedros, Pablos y la legión que desee seguirnos, llevemos hasta los areópagos del tercer milenio la palabra siempre nueva de ese Dios que desea ser conocido y redescubierto por todos.

Ensanchadas las fronteras de la Ciudad, levantemos esa carpa de ayer, de hoy y de siempre en los ambientes de las finanzas, la política, el arte, la educación, la tecnología, para que el Rosetón vuelva a girar sobre su eje, Jesucristo.

Por encima de los edificios, enamoradas de las alturas, las fechas parecen volverse aves que, sobrevolando mástiles, tejen velas infladas por los vientos del Espíritu. Entonces, la carpa se vuelve barca y el mundo, misión.

Repasemos.

Naciste para ser feliz.

Naciste para compartir.

Si ya es tu tiempo de volver, si te cansaste de caminar a ciegas y entristecido; si sólo deseas que tu corazón vuelva a arder, mientras el Señor te explica las Escrituras y parte para ti el Pan, súbete a la carpa barca que hay espacio.

Y rema, rema con fuerzas y sin miedo, mar adentro. La aventura misión será maravillosa. Felicitaciones, porque ahora también eres un peregrino de Esperanza.

Las manos firmes en el timón, sin mirar atrás, dejando que los muertos entierren a sus muertos. ¿Dónde iremos?

Donde el Señor quiera. Sin temores, porque confiamos en la hermosa promesa hecha a Mateo: "Aquí estoy con ustedes, todos los días, hasta el fin del mundo".

*La Rinconada, 10 de octubre del año del Señor de 2018*